

Extraído de Viento Sur

<http://vientosur.info/spip.php?article13157>

Centenario de la Revolución de Octubre de 1917

Prólogo a "Historia de la Revolución rusa", de León Trotsky

- solo en la web -



Descripción:

Nos encontramos ante un extraordinario fenómeno, habiendo un creciente reconocimiento no sólo por parte de muchos de sus contemporáneos, incluidos rivales políticos, sino también por un elenco muy plural de historiadores.

Fecha de publicación en línea: Jueves 2 de noviembre de 2017

Licencia de Creative Commons BY - NC- ND Viento Sur

Al igual que Tucídides, Dante, Maquiavelo, Heine, Marx, Herzen y otros pensadores y poetas, Trotsky alcanzó su plena eminencia como escritor en el exilio durante los pocos años de Prinkipo. La posteridad lo recordará como el historiador, así como el dirigente, de la Revolución de Octubre (Isaac Deutscher, 1969: 206).

Así pues, sea cual sea el desfase que se observa entre las realidades que genera la revolución de Octubre, por un lado, y, por el otro, el ideal del proyecto socialista tal como lo imaginaban los bolcheviques, la obra de Trotsky constituye sin duda la única que, en la Historia, nos lleva a una rotunda inteligibilidad de los acontecimientos que transformaron el curso de la revolución (Marc Ferro, 2007, XII).

Así valoraban el escritor polaco y el historiador italiano la excepcional relevancia de la contribución que hiciera Trotsky con esta obra que aquí presentamos.

En efecto, nos encontramos ante un extraordinario trabajo historiográfico que ha tenido un creciente reconocimiento no sólo por parte de muchos de sus contemporáneos, incluidos rivales políticos como Miliukov y Sujanov [1](#), sino también por un elenco muy plural de historiadores. A lo largo de sus páginas hay un relato, vivido en primera persona, de un proceso revolucionario triunfante, pero también un ejemplo de "historia desde abajo y desde dentro", apoyada en el empleo en "estado práctico" (como hiciera Marx en sus escritos sobre Francia) de conceptos que pasarían luego a ser de uso corriente. Una obra que ha sido referencia para posteriores estudios sobre las revoluciones, como es el caso de los realizados por Charles Tilly, o considerada superior a otros desde el punto de vista metodológico, como los emprendidos por Theda Skocpol (Burawoy, 1977).

Lecciones del "ensayo" de 1905

Con todo, no se puede entender esta aportación de tan alta calidad sin el ensayo que ya escribió el autor a propósito de la revolución rusa de 1905 en su obra *Balance y perspectivas*, publicada un año después. En ella introducía un esbozo de lo que definirá como ley del desarrollo desigual y combinado, con el fin de poder comprender la especificidad del tipo de capitalismo que se estaba conformando bajo el Imperio ruso en el marco de la nueva fase imperialista. Una tesis que suponía en cierto modo un esfuerzo por enlazar con las últimas reflexiones que hiciera Marx, gracias a la influencia de sus lecturas del populismo ruso, superando así lo que éste mismo escribiera en su prólogo a la primera edición del Libro I de *El Capital*, según el cual "el país industrialmente más desarrollado no hace sino mostrar al menos desarrollado la imagen de su propio futuro".

Así, en su análisis del contexto histórico en que se inserta la revolución de 1905, sostenía que "el capitalismo, al imponer a todos los países su modo de economía y de comercio, ha convertido al mundo entero en un único organismo económico y político" (Trotsky, 1971: 211). Será luego, en el capítulo I de esta obra que nos ocupa, cuando desarrolla esa argumentación sobre el carácter desigual pero también combinado del capitalismo "aludiendo a la aproximación de las distintas etapas del camino y a la confusión de las distintas fases, a la amalgama de formas arcaicas y modernas", ya que "el privilegio de los países históricamente rezagados -que lo es realmente- está en poder asimilarse las cosas o, mejor dicho, en obligarse a asimilarlas antes del plazo previsto, saltando por alto toda una serie de etapas intermedias".

Es esa nueva configuración del capitalismo en su etapa imperialista la que le lleva a analizar Rusia dentro de la economía mundial entre Europa y Asia y, por ello mismo, a sostener que la revolución que habrá que promover en ese país no puede limitarse a derrocar al zarismo y a apoyar a una burguesía "progresista" para realizar algunas tareas democráticas sin duda fundamentales, como lo serán la conquista de la paz, la reforma agraria y la libre determinación de los pueblos. Dada la debilidad de esa burguesía, esos objetivos solo podrán alcanzarse si son asumidos por el nuevo proletariado industrial en ascenso -siempre que se ganara el apoyo del campesinado- y, por

tanto, exigen también emprender medidas que conduzcan a cuestionar la propiedad privada de los principales sectores de la economía.

Para Trotsky la misma dinámica competitiva en que se inserta el Estado zarista respecto al sistema de Estados que se está configurando en Europa obliga a aquél a "acelerar artificialmente con un esfuerzo supremo el desarrollo económico natural (...). El capitalismo aparece como un hijo del Estado" (1971: 152). Es esa contradicción entre "las exigencias del progreso económico y cultural y la política gubernamental" la que explicaría que "la única salida a esta contradicción que en la mencionada situación se ofrecía a la sociedad consistía en acumular el suficiente vapor revolucionario en la marmita del absolutismo para poder hacerla volar" (1971: 152-153).

Con todo, ya en esa obra alertaba también frente a toda interpretación mecanicista del marxismo: "Pero el día y la hora en que el poder ha de pasar a manos de la clase obrera no dependen directamente de la situación de las fuerzas productivas sino de las condiciones de la lucha de clases, de la situación internacional y, finalmente, de una serie de elementos subjetivos: tradición, iniciativa, disposición para el combate..." (1971: 171).

Justamente a partir de esa experiencia de 1905 -en la que el joven Trotsky ha presidido el Soviet de Petrogrado [2/](#)- observa la emergencia de una nueva forma de organización y representación de los trabajadores y campesinos, los soviets o consejos, que le permite pensar en que puede llegar a extenderse en una futura situación revolucionaria hasta el punto de convertirse en un órgano de poder alternativo al Estado zarista. Así ocurriría en 1917.

El estallido de la Gran Guerra en 1914 y la implicación del Estado zarista en ella mostrarían bien a las claras los efectos de esas particularidades rusas: las de esa "combinación de la tecnología más avanzada del mundo industrial con la monarquía más arcaica de Europa. Finalmente, por supuesto, el imperialismo, que había armado al absolutismo ruso en un primer momento, lo acabó ahogando y destruyendo: la prueba de la primera guerra mundial fue demasiado para él (...). En febrero de 1917, las masas tardaron una semana en derrumbarlo" (Anderson, 1979: 367-368).

Comenzaba así una revolución en un país que, como recuerda Alexander Rabinowitch (2016: 23), era ya entonces el tercero del mundo por su dimensión, con una población de 165 millones de habitantes que ocupaban una superficie tres veces más extensa que la de Estados Unidos de América o que la de China e India juntas. Los efectos políticos, económicos y sociales de su participación en la Gran Guerra no se harían esperar.

De febrero a octubre: un proceso convulso de doble poder

El marco teórico y estratégico en el que analiza todo el proceso vivido desde febrero a octubre de 1917 parte, por tanto, de su tesis sobre el desarrollo desigual y combinado -y la que será su corolario, la revolución permanente-, así como de la apuesta por un proyecto de poder alternativo basado en los soviets o consejos de trabajadores, campesinos y soldados, ya esbozada, como hemos visto, en 1905.

Apoyándose en las enseñanzas de 1905 y 1917, desarrolla un concepto de "revolución" que ha sido posteriormente recogido por diferentes historiadores. Así, en el Prólogo de esta obra nos encontramos con varias consideraciones previas sobre la misma: "El rasgo característico más indiscutible de las revoluciones es la intervención directa de las masas en los acontecimientos históricos (...). La historia de las revoluciones es para nosotros, por encima de todo, la historia de la irrupción violenta de las masas en el gobierno de sus propios destinos". A continuación, sin embargo, precisa: "Las masas no van a la revolución con un plan preconcebido de la sociedad nueva, sino con un sentimiento claro de la imposibilidad de seguir soportando la sociedad vieja". Es entonces cuando se puede plantear abiertamente la lucha directa por el poder, tarea en la que se resume definitivamente toda revolución.

De esas consideraciones más generales pasa a la que plasma concretamente en el capítulo XI: "El régimen de la dualidad de poderes sólo surge allí donde chocan de modo irreconocible las dos clases: sólo puede darse, por tanto, en épocas revolucionarias y constituye, además, uno de sus rasgos fundamentales". Una dualidad de poderes que Trotsky recuerda que se ha dado en procesos revolucionarios vividos en el pasado, como en las revoluciones inglesa y francesa y que aplica al periodo abierto en febrero de 1917.

Así pues, toda situación revolucionaria implica la existencia de una dualidad de poderes, la cual "atestigua que la ruptura del equilibrio social ha roto ya la superestructura del Estado". Esa es la que se da a partir de febrero cuando "la cuestión estaba planteada así: o la burguesía se apoderaba realmente del viejo aparato del Estado, poniéndolo al servicio de sus fines, en cuyo caso los soviets tendrían que retirarse por el foro, o estos se convierten en la base del nuevo Estado, liquidando no sólo el viejo aparato político, sino el régimen de predominio de las clases a cuyo servicio se hallaba éste".

Esta cuestión, la de la resolución en un sentido u otro del doble poder que se va desarrollando en todo el país, es la que preside los conflictos que se van manifestando hasta octubre. A través de los mismos vemos sucederse pasos adelante y pasos atrás de unos y otros contendientes en liza, con distintos momentos y puntos de bifurcación en los que la relación de fuerzas se puede inclinar a favor de uno u otro contendiente. Es justamente en esas coyunturas críticas cuando se pone a prueba el papel del factor subjetivo, de los distintos actores y, en este caso, del partido bolchevique y sus dirigentes, como bien explica el autor de esta obra. Comentaremos brevemente estos momentos.

No por casualidad, Trotsky destaca en el capítulo XVI como un punto de inflexión clave el cambio de orientación que se da en el bolchevismo a partir de la presentación por Lenin de las conocidas como "Tesis de abril" en una Conferencia de delegados del partido. En ellas, recién llegado del exilio, insiste en que se ha producido un cambio de fase: "La peculiaridad del momento actual en Rusia consiste en el *paso* de la primera etapa de la revolución, que ha dado el Poder a la burguesía por carecer el proletariado del grado necesario de conciencia y de organización, a *su segunda* etapa, que debe poner el Poder en manos del proletariado y de las capas pobres del campesinado".

Partiendo de ese salto en el proceso, rechaza cualquier tipo de apoyo al gobierno provisional, calificado como un "gobierno de capitalistas". Sin embargo, reconociendo que el bolchevismo está todavía en minoría dentro de los nuevos órganos de contrapoder emergente, defiende la necesidad de una explicación paciente de los errores de ese gobierno "propugnando al mismo tiempo la necesidad de que todo el poder del Estado pase a los soviets de diputados obreros".

Esas Tesis, como se sabe, cogieron desprevenidos a la mayoría de los delegados en esa Conferencia, pero finalmente fueron aprobadas, no sin notables resistencias. Fueron, en cambio, vistas por Trotsky, que llegaría a Petrogrado desde Nueva York el 5 de mayo, como la comprobación de que ya no existían divergencias sustanciales entre sus ya conocidas posiciones sobre el rumbo que debía seguir la revolución y las defendidas a partir de entonces por Lenin. Por eso en agosto él y el Grupo Interdistritos del que formaba parte pasarán a integrarse en su partido.

El mes de junio marcaría una nueva radicalización en el seno de los soviets frente al gobierno de coalición, el cual, pese a sus promesas, mantiene su participación en la Gran Guerra. Es entonces cuando el Primer Congreso de Diputados Obreros y Soldados empieza a asumir la consigna "Todo el poder a los Soviets". En cambio, luego, tras la derrota en las conocidas como "jornadas de julio", llega el reflujo e incluso la represión contra los bolcheviques, promovida por el nuevo gobierno presidido por Kerenski. Más tarde, en agosto, la sublevación de Kornilov, como constata el autor, es derrotada por un frente unido contra el intento de golpe de estado reaccionario para pasar luego a dar un nuevo impulso hacia la izquierda en los soviets. Una radicalización que en su relato hace recordar a Trotsky el comentario de uno de los compañeros de lucha citando unas palabras de Marx: "Hay momentos en que la revolución necesita ser estimulada por la contrarrevolución".

Efectivamente, es justamente después del fracaso de Kornilov cuando se produce un salto adelante enorme en la reactivación de una diversidad de organizaciones de base armadas (que serían a partir de entonces denominadas "guardias rojas"), así como la extensión de los soviets con alrededor de 23 millones de miembros, según cuenta Trotsky, con una creciente hegemonía de los bolcheviques en su seno. Aun así, el problema de qué organismos podían convertirse en órganos de la insurrección estaba abierto, ya que además de los soviets los comités de fábrica [3/e](#) incluso los sindicatos también estaban jugando un papel destacado bajo la dirección de los bolcheviques.

Por eso, a partir de septiembre vemos cómo se desarrolla un intenso debate entre los dirigentes bolcheviques respecto a cuál ha de ser el momento de la insurrección armada y a la necesidad de contar con la legitimidad de los soviets para esa tarea. Una polémica en la que Lenin representó la posición más impaciente mientras que Zinoviev y Kamenev lo fueron de la más contraria. La dinámica de los acontecimientos, en la que jugaría un papel importante la creación de un "comité de defensa revolucionario", luego convertido en "comité militar revolucionario" [4/](#), favoreció la presión de Lenin, si bien no habría sido tan fácil si no hubiera contado con decisiones provocadoras del gobierno de Kerenski, como la de querer mandar la guarnición de Petrogrado al frente de la guerra en la segunda semana de octubre [5/](#). Desde entonces, la legitimación que buscaban Trotsky y otros dirigentes para el derrocamiento "técnico" [6/](#) del gobierno provisional mediante la toma del Palacio de Invierno se lograría finalmente con el apoyo del Soviet de Petrogrado a la misma poco tiempo después de consumarse.

Al día siguiente, el Congreso de los Soviets asumía la nueva situación y aprobaba una declaración que proponía como tarea del nuevo gobierno "el inicio inmediato de las negociaciones para una paz justa y democrática" y, con ella, la abolición de la diplomacia secreta [7/](#). Una decisión inédita en la historia que fue acompañada, como recuerda Trotsky, nombrado Comisario del Pueblo para Asuntos Exteriores, por la declaración de que el nuevo gobierno obrero y campesino dirige sus propuestas simultáneamente "a los gobiernos y a los pueblos de todos los países beligerantes (...), en particular a los obreros conscientes de las tres naciones más avanzadas", o sea, Inglaterra, Francia y Alemania.

Porque, como ya hemos recordado más arriba y como resume Rabinowitch, "el desenlace de la revolución de 1917 en Petrogrado tiene también mucho que ver con la guerra mundial. Si el gobierno provisional no hubiera consagrado toda su energía a la obtención de una victoria militar, habría estado seguramente en mejores condiciones para hacer frente a los múltiples problemas consustanciales al hundimiento del antiguo régimen, y sobre todo para satisfacer las exigencias populares en materia de reformas fundamentales y urgentes (...). En ese contexto una de las fuentes principales del vigor y la autoridad crecientes de los bolcheviques en 1917 residía en la fuerza de atracción de su plataforma partidaria, tal como se había encarnado en los eslóganes "paz, tierra y pan" y "Todo el poder a los soviets" (Rabinowitch, 2016: 445).

Unos eslóganes que, junto con el establecimiento del control obrero de la producción, la reforma agraria y el reconocimiento del derecho de autodeterminación y a la separación de los pueblos, tal como lo había defendido Lenin, permitirían dotar de mayor legitimidad al nuevo gobierno. Precisamente, la cuestión nacional es objeto de un capítulo, el XXXIX, de este libro. En él podemos encontrar un análisis de las características que adoptaba la opresión nacional bajo el Imperio zarista: Trotsky comparte con Lenin la tesis de que "el gran número de naciones lesionadas en sus derechos y la gravedad de su situación jurídica daban una fuerza explosiva enorme al problema nacional en la Rusia zarista". Un pronóstico que se confirmaría cuando pudieron comprobar cómo "la lucha nacional por sí misma quebrantaba violentamente al régimen de febrero, creando para la revolución en el centro una periferia política suficientemente favorable".

¿Revolución o golpe de estado?

Mucho se ha escrito en torno a si la toma del Palacio de Invierno en octubre de 1917 fue una revolución social o un

golpe de estado. Existen datos incontestables, sin embargo, procedentes incluso de adversarios irreconciliables con los bolcheviques, de que fue lo primero y de que éstos contaban con el apoyo de la mayoría de los soviets cuando decidieron el asalto decisivo.

Ernest Mandel recuerda, por ejemplo, lo que escribió Sujanov, miembro de la corriente socialista revolucionaria: "Las masas vivían y respiraban de común acuerdo con los bolcheviques. Estaban en manos del partido de Lenin y Trotsky (...). Resulta totalmente absurdo hablar de una conspiración militar en lugar de una insurrección nacional, cuando el partido era seguido por la gran mayoría del pueblo y cuando, *de facto*, ya había conquistado el poder real y la autoridad". O también el reconocimiento del historiador alemán Oskar Anweiler, crítico del bolchevismo: "Los bolcheviques eran mayoritarios en los consejos de diputados de casi todos los grandes centros industriales, así como en la mayor parte de los consejos de diputados de soldados de los cuarteles" (Mandel, E., 2005: 124-125).

Uno de los historiadores más documentados sobre este acontecimiento, Rabinowitch, no tiene dudas tampoco al respecto: frente a quienes consideran que aquello fue un accidente histórico o el resultado de un golpe de estado ejecutado con mano maestra y sin apoyo significativo de la población, sostiene: "Estudiando las aspiraciones de los obreros de fábrica, de los soldados y de los marineros tal como se reflejan en los documentos de la época, constato que sintonizaban ampliamente con el programa de reforma política, económica y social promovido por los bolcheviques. Justo en el momento mismo en que todos los principales partidos políticos estaban profundamente desacreditados debido a su incapacidad para promover con suficiente vigor cambios significativos y para hacer cesar inmediatamente la participación rusa en la guerra. Eso es lo que explica que en octubre los objetivos de los bolcheviques, al menos tal como las masas los entendían, gozaran de un amplio apoyo popular" (Rabinowitch, 2016: 26).

Otra cuestión que importa resaltar de todo el proceso que transcurrió desde febrero a octubre de 1917 es la que tiene que ver con la propia evolución del partido bolchevique. Lejos de la imagen de un partido monolítico y disciplinado bajo la batuta de Lenin y un hipotético plan preconcebido, lo que se puede comprobar a través de las páginas que siguen, y también de las narraciones de una gran diversidad de historiadores, es la dinámica de un partido en el que los debates, las divergencias y las tensiones internas llegan incluso hasta la víspera misma de la toma del poder, e incluso se prolongarían luego respecto al tipo de gobierno que habría que formar y a las negociaciones que se empezarían a abrir para poner fin a la participación rusa en la guerra.

Baste recordar las tensiones que se vivieron en la Conferencia de abril en torno a las Tesis presentadas por Lenin, las diferencias respecto al papel de la consigna "Todo el poder a los soviets" en sucesivos momentos del proceso o, sobre todo, las relacionadas con el cuándo, el cómo y con qué legitimidad se debía producir la insurrección de Octubre. Fue esto último, ante su temor de que pasara el momento en que fuera posible, lo que llevó incluso a Lenin a presentar su dimisión del Comité Central, decisión que obviamente no fue aceptada.

Esto demuestra también que el partido bolchevique no era una secta de fanáticos ni tampoco estaba dotado de una "ciencia" que le permitía prever la dinámica de los acontecimientos. Confirma, en realidad, que era un partido cada vez más relacionado con el movimiento real y, por tanto, se hallaba bajo la influencia de los diferentes estados de ánimo que se producían entre los trabajadores, campesinos y soldados rusos. Las divergencias tácticas más o menos profundas que se manifestaban en su interior tenían que ver, por tanto, con esos cambios en la conciencia y su interpretación a través de las experiencias vividas, especialmente cuando surgían esos puntos de bifurcación que hemos mencionado en abril, julio, agosto u octubre.

Llegaría luego la etapa más difícil, la de la construcción de un nuevo Estado y, con ella, surgirían los sucesivos problemas que debería afrontar el nuevo gobierno de "comisarios del pueblo": empezando por la integración o no en él de otras fuerzas de izquierda -y, a su vez, entrando en una tendencia sustitucionista de los soviets por "el partido" [8/](#)- y siguiendo con la convocatoria y posterior disolución de la Asamblea Constituyente (decisión, como se sabe,

muy controvertida y criticada también por alguien que se declaró firmemente solidaria de los bolcheviques como Rosa Luxemburg), la negociación de los que acabarían siendo Acuerdos de Brest-Litovsk (con posiciones diferentes en la cúpula bolchevique) y el inicio de una guerra civil -con intervención imperialista- que dejaría enormemente debilitada a la clase trabajadora rusa y llevaría a errores graves de los bolcheviques como la continuación de la política de requisición de trigo que provocó la crisis social de 1921, sin olvidar la que se produjo en Kronstadt (Mandel, E., 2005: 170 y 216).

Ya Trotsky, con su teoría de la revolución permanente, y Lenin, con su tesis sobre "el eslabón más débil de la cadena imperialista", habían alertado frente al contraste que se podía producir entre, por un lado, las mayores posibilidades de la revolución en Rusia y, por otro, las enormes dificultades que un país atrasado tendría para dar pasos adelante en la construcción del socialismo si esa revolución no se extendía a otros países capitalistas avanzados. De ahí su esfuerzo por construir una nueva Internacional y su apoyo a los procesos revolucionarios que en los años posteriores agitarían distintos países europeos y, en particular, a Alemania.

En más de una ocasión Trotsky reconocería que el futuro del nuevo Estado se planteaba en términos de una disyuntiva histórica: así lo hace en la Conclusión de esta obra cuando sostiene que "o la revolución rusa desata el torbellino de la lucha en occidente o los capitalistas aplastan nuestra revolución". Tampoco descartó, ya en 1919, que las nuevas revoluciones vinieran del Este, como luego se reflejaría en sus esperanzas en el proceso vivido en China hasta la derrota sufrida por las fuerzas del Partido Comunista en 1927.

Empero, la derrota de la revolución alemana, ya definitiva a partir de 1923, venía a confirmar las notables diferencias entre Rusia y Occidente que ya empezaron a reconocer tanto Lenin como Trotsky a partir del II Congreso de la Internacional Comunista y que luego destacaría Antonio Gramsci con mayor rigor [9](#). La entrada en un nuevo periodo de reflujó acabaría, así, favoreciendo a quienes dentro de Rusia se estaban convirtiendo en representantes del nuevo grupo social dominante en el seno del Estado, cuyo ascenso no era ajeno a medidas adoptadas por el propio Lenin, con el apoyo de Trotsky, como la prohibición de los partidos soviéticos o el grado de autonomía de que gozaría la nueva policía secreta, la Cheka, como recuerda Mandel (2005).

Aun así, Trotsky tardaría en abandonar su, a veces excesivo, "optimismo de la voluntad" respecto a la capacidad de la clase obrera rusa para hacer frente a la burocratización del nuevo Estado, así como sus expectativas en la clase trabajadora europea durante el periodo de entreguerras para superar sus derrotas. Con todo, pese al contexto internacional que pronto se mostraría adverso, fueron enormes las conquistas que se lograron en los primeros años de la revolución, no sólo en el plano político y social (con la primera "Declaración de derechos del pueblo trabajador y explotado" de la historia), sino también en los que eran frentes de lucha hasta entonces "olvidados", como los nuevos derechos alcanzados por las mujeres (Cirillo, 2002: 19-24; Bengoechea y Santos, 2016) o la emergencia de nuevas vanguardias culturales y artísticas (García Pintado, 2011).

Poco después, sin embargo, llegaría la involución de todo este proceso, no sin provocar conflictos internos *in crescendo* dentro del partido bolchevique (autodenominado a partir de 1918 "comunista"). Confrontaciones cada vez más violentas que también se reflejarían en el seno de la Internacional Comunista recién formada. Finalmente, el triunfo y la consolidación del estalinismo en los años 30 vendrían a confirmar la consumación de una contrarrevolución política, denunciada también con rigor y firmeza por Trotsky en *La revolución traicionada*, escrita en 1936.

Cien años después de aquellos "diez días que conmovieron el mundo", en feliz resumen de aquellas jornadas de octubre por John Reed, y pese al hundimiento de un sistema que no tenía nada de "soviético" en su sentido original, el impacto de aquella Revolución sigue siendo comparable al que tuvo la Revolución francesa, también "traicionada". Por eso no nos cansaremos de recordar lo que escribiera Immanuel Kant a propósito de ese Acontecimiento: es "demasiado grande, está demasiado ligado a los intereses de la humanidad y tiene una

influencia demasiado extendida sobre el mundo y todas sus partes, como para que no sea recordada a los pueblos en cualquier ocasión propicia y evocada para la repetición de nuevas tentativas de esta índole". Por eso, ni nostalgia ni reivindicación acrítica sino voluntad de, como nos propone Catherine Samary (2016), "retomar el hilo de los debates más ricos del pasado" para "repensar la revolución" y el proyecto socialista y/o "común-ista", siempre con preguntas y respuestas tentativas y abiertas en torno a lo que continúa siendo esa vieja y cada vez más necesaria aspiración a "transformar el mundo, cambiar la vida".

Jaime Pastor es politólogo y editor de **viento** sur

* *Historia de la Revolución rusa*, de León Trotsky está editado por Txalaparta y Lom, 2017

[1/](#) Deutscher recuerda: "Cuando su *Historia* fue publicada, y durante muchos años después, la mayor parte de los jefes de los partidos antibolcheviques -Miliukov, Kerenski, Tsereteli, Chernov, Dan, Abramóvich y otros- vivían y estaban activos como emigrados. Sin embargo, ninguno de ellos ha revelado una falla significativa en la presentación de los hechos por Trotsky; y ninguno, con parcial excepción de Miliukov, ha intentado seriamente escribir otra obra para contradecir a la de aquél" (1969: 221).

[2/](#) En septiembre de 1917 volvería a presidir el soviét que se había constituido en la misma ciudad de Petrogrado a partir de febrero.

[3/](#) Sobre la dinámica de la revolución en las empresas a partir de febrero, las sucesivas experiencias de control obrero por los comités de fábrica y los debates que generan hasta llegar a octubre, así como sobre la transición a las expropiaciones como medidas necesariamente defensivas frente al boicot empresarial: Mandel, D. (1993).

[4/](#) Es importante recordar que, frente a lo defendido por la mayoría de historiadores occidentales, según los cuales ese organismo estaba estrechamente controlado por los bolcheviques, éstos no eran los únicos activos en su seno y eran hegemónicos pero mantenían posiciones diferentes entre sí (Rabinowitch, 2016: 355).

[5/](#) A partir de entonces se decidió poner en práctica un plan que incluía alzar un farol rojo en el mástil de la fortaleza de Pedro y Pablo como señal para que el crucero "Aurora" hiciera un disparo sin bala para intimidar, pero no se consiguió encontrar uno...; finalmente, la toma del Palacio se hizo sin apenas violencia.

[6/](#) Así lo define Ernest Mandel, quien recuerda la conclusión de otro gran historiador de la Revolución rusa, E. H. Carr: "El éxito, casi sin esfuerzo, del golpe de Petrogrado del 25 de octubre de 1917 parece demostrar que detrás de él se encontraba la gran mayoría de la población. Los bolcheviques tenían razón cuando se enorgullecían de que la revolución propiamente dicha había costado muy pocas vidas humanas y de que la mayor parte de ellas se había perdido en el curso de tentativas de sus adversarios para arrancarles la victoria después de que ésta había sido conquistada" (Mandel, E., 2005: 212).

[7/](#) Esto implicaba la publicación de todos los tratados y documentos que habían suscrito los anteriores gobiernos, no sin tener que superar las resistencias del conde Tatistxev, antiguo alto funcionario del ministerio, a darles las llaves de las cajas fuertes en donde estaban fielmente guardados. Entre ellos estaba el conocido como Acuerdo Sykes-Picot, firmado en 1916 por los ministros británico y francés, según el cual establecían un reparto de los territorios dependientes de un Imperio otomano que acabaría siendo derrotado en la Gran Guerra. Se verificaba así los fines expansionistas de la Gran Guerra, por el cual a Rusia le habrían correspondido Galitzia, Constantinopla y los Balcanes.

[8/](#) Uno de los análisis más detallados de la evolución de esa relación soviets-partido bolchevique sigue siendo, en mi opinión, el de Farber (1990), si bien tienen interés las observaciones que hace Mandel respecto a su debate con John Rees (Mandel, 2005: 195-198); también, desde una mirada más crítica del bolchevismo, pero con un recorrido previo por los precedentes del "consejismo": (Anweiler 1975).

[9/](#) Como constata Perry Anderson, "la intuición más profunda de Gramsci era correcta: después de la revolución de Octubre, el moderno Estado capitalista de Europa occidental era todavía un objeto político *nuevo* para la teoría marxista y para la práctica revolucionaria" (Anderson, 1979: 368).

Referencias:

Anderson, P. (1979) *El Estado absolutista*. Madrid: Siglo XXI

Anweiler, O. (1975) *Los Soviets en Rusia 1905-1921*. Madrid: Biblioteca Promoción del Pueblo

Bengoechea, S. y Santos, M. J., "Las mujeres en la Revolución rusa", *Viento Sur*, 150, 18-25

Burawoy, M. (1997) "Dos métodos en pos de la ciencia: Skocpol versus Trotsky", *Zona Abierta*, 80/81, 33-91

Cirillo, L. (2002) *Mejor huérfanas*. Barcelona: Anthropos

Deutscher, I. (1969) *El profeta desterrado*. México: Era

Farber, S. (1990) *Before stalinism. The rise and fall of soviet democracy*. Cambridge: Polity Press

Ferro, M. (2007) "Prefacio", en L. Trotsky, *Historia de la revolución rusa*, Madrid, Veintisiete letras, I-XII

García Pintado, A. (2011) *El cadáver del padre. Artes de vanguardia y revolución*. Barcelona: Los libros de la frontera

Mandel, D. (1993) "Comités d'usine et contrôle ouvrier à Petrograd en 1917", *Cahiers d'étude et de recherche*, nº 21, IIR

Mandel, E. (2005) "Octubre de 1917: ¿Golpe de estado o revolución social?", en *Escritos de Ernest Mandel*, Madrid, Los libros de la catarata-Viento Sur, 123-222

Rabinowitch, A. (2016) *Les bolcheviks prennent le pouvoir*. París: La fabrique

Samary, C. (2016) "Comunismo en movimiento", *Viento Sur*, 150, 151-162

Trotsky, L. (1971) *1905. Resultados y perspectivas*, Tomo 2. París: Ruedo Ibérico